

PRECIOS DE ANUNCIOS

Año XLV

En 4.ª plana, 0'10 pesetas línea; en 3.ª id. 0'15; pesetas, ídem id.—Reclamos 0'25 ídem, id.—Comunicados y Edictos, 0'25 ídem id.—Noticias una peseta línea. A las empresas anunciadoras tarifas convencionales. El impuesto del timbre a cargo del anunciante.—Pago adelantado.

Martes 26 de Junio de 1928

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Lugo: un mes, una peseta. Provincias: tres meses, 4 ídem. Extranjero: tres meses, 9 ídem.

Núm. 15.441

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SAN MARCOS, 7

CON PLUMA AJENA

La dote de Juana

A nadie sorprendió en el pueblo el casamiento de Simón Lebrument con Juana Cordier.

Había comprado el novio una notaría; necesitaba dinero para pagarla, y Juana Cordier tenía trescientos mil francos líquidos en billetes de Banco y títulos al portador.

Juana Cordier era una muchacha en extremo agradable, fresca y graciosa y Lebrument pasaba plaza de guapo y elegante en la localidad.

Transcurridos los ocho primeros días de la luna de miel, dijo el marido a su esposa:

—Si quieres, saldremos para París el lunes próximo para realizar nuestro viaje de novios.

—¡Sí, sí!—contestó Juana—; pongámonos en marcha lo más pronto posible.

—Y de paso—añadió Lebrument—dile a tu padre que prepare tu dote, puesto que deseo pagar en París el importe de mi notaría.

—Mañana mismo se lo diré.

El lunes siguiente, el suegro y la suegra acompañaron a la estación a su hija y a su yerno, que salían para la capital. El suegro decía:

Haces mal, Simón, en llevar tanto dinero encima.

—Estoy muy acostumbrado a estas cosas y a veces he llevado en mi cartera quinientos mil francos. Puede usted estar completamente tranquilo...

—¡Señores viajeros, al tren!—gritó un empleado y en un instante se llenaron todos los coches. Sibó la locomotora y partió el tren a toda prisa. El trayecto duró una hora y al llegar la pareja a la estación de Saint Lazare, dijo Lebrument a su esposa:

—Si te parece, iremos primero a almorzar al bulevar, y después volveremos a buscar nuestro equipaje para llevar al hotel.

—Sí, sí, vamos al restaurante! ¿Está muy lejos?

—Un poco. Pero tomaremos el omnibus.

—Y ¿por qué no tomamos un coche?

—Porque es cuestión de cinco minutos y no merece la pena.

En aquel momento pasaba un omnibus enorme y Lebrument dijo:

—¡Eh, cochero!

Detúvose el pesado carruaje y el notario, empujando a su mujer, le dijo:

—Entra en el interior. Yo me subo a la imperial a fumar un cigarro.

Juana no tuvo tiempo de contestar y se sentó donde pudo, permaneciendo inmóvil entre un caballero o eso y una vieja maloliente.

—¿Por qué no ha entrado aquí conmigo, Simón?—decía para sí la joven, poseída de la mayor tristeza.

Transcurrió algún tiempo. Bajaron varias personas, subieron otras y el omnibus no llegaba al término de su viaje.

—Esto está más lejos de lo que yo creí—pensaba Juana.

El coche seguía su marcha, deteniéndose en las estaciones y pasando por calles interminables. La mujer del notario llegó a tener miedo, y hasta sintió deseos de llorar.

—¡Pero esto no concluye nunca!—dijo para sus adentros—. Si se habrá dormido Simón!

Poco a poco fueron bajando todos los viajeros y Juana se quedó sola en el carruaje. El conductor gritó de pronto:

—¡Vaugirard!

Entonces preguntó Juana:

—¿Dónde estamos?

—En Vaugirard. Ya se lo he dicho a usted veinte veces.

—¿Está muy lejos el bulevar?

—¿Que bulevar?

—El de los Italianos.

—¡Pues no hace poco rato que hemos pasado por allí!

—¿Quiere usted hacerme el favor de llamar a mi marido?

—¿A su marido? Y, ¿dónde está?

—En la imperial.

—Si no hay nadie allí.

Juana se puso pálida y exclamó:

—¡No es posible! ¡Si ha subido conmigo!

—Vamos, niña—repuso groseramente el conductor—, ya encontrará usted or ahí quien le reemplace.

La joven se echó a llorar y añadió:

—Le juro a usted que se equivoca. Mi marido llevaba una enorme cartera bajo el brazo...

El conductor—se echó a reír.

—¿Una cartera bajo el brazo? ¡Ah, sí!... Ese caballero ha bajado en la Magdalena.

Juana no tuvo más remedio que abandonar el coche y al pisar el pavimento dirigió la vista a la imperial. En la parte superior del ómnibus no había nadie.

—¿Qué va a ser de mí?—dijo la pobre mujer, sollozando.

Juana echó a andar llena de terror y sin comprender lo que le pasaba. ¿Qué le habría ocurrido a Simón? ¿Cuál podría ser la causa de aquel error o de aquel olvido? De repente, se acordó de su primo Barral, jefe del Negociado en el ministerio de Marina, y como llevaba dos francos en el bolsillo, tomó un coche y se hizo llevar allí. Al llegar al sitio designado, le encontró en la calle, en el preciso momento en que salía de su casa para dirigirse al ministerio. Juana bajó del coche y exclamó:

—¿Enrique!

El primo se quedó estupefacto y dijo:

—¿Juana! ¿Tú aquí sola? ¿De dónde sales?

—He perdido a mi marido.

—¿Dónde?

—En un omnibus.

—¿En un omnibus?

Y Juana le refirió su aventura.

—¿Llevaba mucho dinero encima?—le preguntó Barral.

—Sí, mi dote.

—¿Tu dote?

—Sí, completa. Para pagar el importe de su notaría.

—Pues bien, Juana. Tu marido ha debido tomar a estas horas el tren de Bruselas.

—¿Mi marido?

—Sí. Te ha robado tu dote, primita mía.

—Pues ese hombre es... un miserable.

—Exactamente. Barral le hizo subir a su casa y cuando la criada abrió con sorpresa la puerta dijo el marino:

—Sofía, ve al restaurante a buscar el almuerzo para dos personas. Hoy no voy al ministerio.

Guy de MAUPASSANT.

Limitaciones para el ingreso en la Unión Patriótica

En la carta que el jefe del Gobierno ha dirigido al presidente del Comité Nacional de Uniones Patrióticas dice textualmente que ha de ponerse limitación al ingreso y permanencia en ellas. Esa limitación—agrega—la señala la ética ciudadana. El que, al afiliarse, crea que se acoge a un régimen de favor ante la justicia o la administración,

o busque apoyo oficial para sus miras personales, o piense que ha encontrado el escabel de sus ambiciones, la justificación de sus violencias y atropellos, el hurto de sus deberes tributarios, las facilidades para su medro o la licencia para sus incoherencias, que no se acerque a nosotros, porque a la desilusión de su fracaso tendrá que unir el remordimiento de haber querido traicionarnos. Muy estimables son las altas en nuestras filas; pero mucho más dignifican y alientan las expulsiones justificadas de quienes, torpes o necios, no comprendieron nuestras doctrinas o las creyeron vehículo de malignas ambiciones y de miserables concupisencias.

Oigo decir, con reiteración lamentable, que así no se nutren ni se consolidan organizaciones para la actuación en la vida pública. Tal vez sea cierto, aunque la realidad que a nosotros nos rodea proclama lo contrario; pero yo no renuncio de ningún modo a creer que hay millones de españoles honrados, rectos, limpios de corazón, que cuando ponen el pensamiento en la patria y el espíritu en Dios, sienten el poderoso estímulo que impulsa al bien y generosa inclinación al sacrificio. Ni me resignaría tampoco, porque no estoy tocado de soberbia ni de ambición, a verme rodeado de huéspedes numerosas en las que no alienta el noble afán de mantener una intachable conducta y hacer honor a una doctrina, más fuerte, desde luego, por austera que por sabia.

Abierto está a todos los españoles nuestro campo, y acotado y defendido estará dentro de tres meses, porque así lo quiere la dictadura, responsable de su obra ante Dios, la patria y el rey. Con los que somos y con los que vengan, confío en que la Unión Patriótica, haciéndose cargo de la responsabilidad enorme que contrae, sabrá responder a la difícil y honrosa misión que se le confía, creo que con aplausos y esperanzas del país, justamente convencido de que su tranquilidad y su progreso sólo pueden consolidarse perseverando en la conducta contrastada durante un lustro de actuación.

Al expresar este propósito y someter a prueba decisiva a la organización, a la que la dictadura entrega el porvenir, le emplaza para dentro de dos años, en que, según su comportamiento, el país ha de referendarle o retirarle los poderes que recibe.

La Unión Patriótica es, pues, ya mayor de edad y debe por sí misma atender a su vida, organización y desarrollo. El Gobierno le confiere autorización y le presta amparo y estímulo para actuar, esperando que ella forme y señale ciudadanos con aptitud suficiente

para el ejercicio de las funciones ciudadanas. El Poder público se reserva absoluta libertad para atender a las judiciales, gubernativas y técnicas, según las leyes y normas que mejor garanticen la acertada elección, porque las autoridades de esta índole no son únicamente para los adictos al régimen, sino por igual, para todos los ciudadanos.

Leyendo periódicos

Ahora resulta que, después de saber Dios cuántos millones de años, se nos destruye una creencia tan arraigada a nuestra fe como la lapa a la roca y la garrapa al caballo.

Resulta que Eva no se comió la manzana, ni fue la serpiente quien se la hizo comer.

Según asegura A. Vennel Coster en su reciente obra «La novela de Adán y Eva», la serpiente se emborrachó con dátiles fermentados en miel y cuando estaba que veía dos Evas y otros tantos Adanes, consiguió convencer a nuestra primera madre que la acompañara en la ferra.

Coster asegura también que Eva no fue hecha de una costilla de Adán, sino que éste la encontró colgada de un árbol que llegó hasta él arrastrado por la corriente de un río desbordado.

Estamos seguros que esta enmienda a la Historia Sagrada, ha de proporcionar un gran disgusto a muchas personas.

—o—

Mc. Dunne llegó no hace mucho al Estado norteamericano de Montana, empezó a efectuar compras y a pagar con cheques.

Este sistema de pago, que en cualquier otro país hubiera despertado sospechas, tratándose de un desconocido, es en los Estados Unidos muy corriente y no llama la atención.

Una mañana se reunieron en el Banco varios tenedores de cheques de Mc. Dann, a quienes movía el plausible propósito de cobrar.

Presentaron los cheques en la ventanilla respectiva, esperaron y, de pronto, el cajero salió furioso increpándoles...

Los cheques estaban fechados doscientos sesenta y dos años antes de la Era Cristiana! Y lo raro es que ni uno de los comerciantes se había fijado en la fecha.

—o—

En Viena hay una joven india que vive del oficio más extraordinario que se puede imaginar.

Ranji Singi, cuyo es el nombre de

la joven, se acostumbró desde niña a tragarse con acuidad objetos heterogéneos, y desde la edad de quince años ejerce en Viena la profesión de maniquí viviente para los médicos especialistas de enfermedades de la laringe y de la nariz.

Los profesores del Hospital General practican con ella todas las demostraciones de laringoscopia, y la extraen cuerpos extraños que la paciente voluntaria se introduce en la laringe y en el estómago.

Ranji Singi ha llegado a dominar sus reflejos faringo-laringeos con tal precisión, que los suprime o los exagera a voluntad para acostumar al alumno que ejercita a vencer las dificultades que puedan presentarse en esta clase de operaciones tan delicadas.

La india acude al anfiteatro con un saquito negro, en el que lleva los objetos destinados a desempeñar el papel de cuerpos extraños, tales como huesos de frutas y de animales, espigas de pescado, cucharillas, bolas, etcétera.

Ranji Singi es lo que podríamos llamar una modelo de médico, y como las de pintar, cobra un tanto por hora, cinco florines, y apenas le queda tiempo libre.

Dícese que llegó a formarse un Sindicato de médicos que, deseosos de estudiar a fondo este curioso caso, prometieron a la india una buena renta anual, a condición de que les legase el cadáver, pero Ranji no ha aceptado la proposición.

Al preguntarle por qué se niega dice que ella, de pequeña, cuando le regalaban muñecas de esas que dicen papá y mamá, lloran o cierran los ojos, se apresuraba a desmenuzalas para ver su funcionamiento, teme que los médicos, con los que trata a diario, se impacienten como se impacientaba ella de niña.

Los socorros médicos en las carreteras

Los médicos franceses están quejosos, como automovilistas, del trato del fisco. Les parece un ideal el conseguirlo por los médicos españoles, y suspiran por merecer el mismo trato de su ministro de Hacienda.

Acaso se hagan algunas ilusiones sobre los beneficios que disfrutan en España los automóviles de los médicos; pero como en este punto es criterio cerrado del señor Calvo Sotelo no extender los beneficios tributarios a coches de cualquier categoría y peso, mejor que desengañarles, será de-

tal estado, pero su exaltación le contagiaba siempre. Escuchaba la palabra vehementemente del hombre ciego, en silencio, sin tratar de penetrar su sentido, ni saber contra quien se dirigía, embriagándose únicamente con su fuerza. Las palabras de Eloff eran como gotas de agua hirviendo que le caldeaban el alma.

—A esos miserables holgazanes, les diría: «¡Cuidad! La vida anda y os deja atrás».

—¡Bien dicho! gritó Tomás entusiasmado, agitándose en el sofá; ¡eres un héroe, Nicolás! ¡Oh! ¡héroes! ¡Echaos su vergüenza a la cara.

Eloff no tenía necesidad de que le animaran; parecía no haber oído siquiera la exclamación de Tomás. Prosiguió así:

—Conozco la medida de mis fuerzas, sé que se tratará de imponerme silencio. Me dirán: «¡Chist! Lo dirán razonablemente, con todo cuidado, y se burlarán de mí desde lo alto de su grandeza... Sé perfectamente que no soy sino un pejarro; que no soy un wiseñor! Soy un ignorante en comparación de ellos; soy un periodista del montón, bueno únicamente para distraerles... pero yo dejaré que griten!... El bofetón sólo alcanzará mi mejilla, y mi corazón no cesará de latir. Y les contestaré: «¡Sí, soy un ignorante! y mi primera superioridad sobre vosotros consiste en no saber ninguna verdad impresa que valga lo que un hombre. El hombre es, por sí solo, el universo entero, y larga vida al ser que lleva en su seno el mundo! Y vosotros, les diré, vosotros, por una palabra de la cual no siempre comprendéis el sentido, os inferís unos a otros mortales heridas. Escupis bilis y violáis las almas...

¡Ah! creedme, la vida os pedirá estrechas cuentas. Caerá sobre vosotros como una tempestad y os barrerá, os arrojará del haz de la tierra como la lluvia y el viento barrerán el polvo de las hojas. La lengua humana no posee sino una palabra cuyo sentido sea preciso y claro para todos, y esta palabra, es libertad, es: ¡libertad!»